

# LA HUMANIDAD BAJO LAS AGUAS

**LUIS MILLONES**  
**MATEO MILLONES**

## Introducción

Si reducimos el mundo andino al enorme espacio ocupado por el Tawantinsuyu, será fácil poner en evidencia la importancia, y al mismo tiempo cierto misterio, a la relación entre el hombre y las aguas (unu ó yaku en quechua) que lo nutren y rodean. El nivel de su capacidad agrícola que se evidencia en el avance tecnológico alcanzado, es apenas una muestra del cuidado con que se manejó el agua que provenía de las lluvias y nevados en las sociedades de altura. Lo mismo se puede decir de los valles costeros, donde la explotación de los escasos ríos a través de canales de riego y desviación de las aguas, hizo posible irrigar espacios mucho más extensos que sus cursos de origen.

La contraparte de este control está en las costas del Pacífico, donde la inmensidad de la masa oceánica, aplastó con su presencia y sus habitantes marinos a los pescadores y navegantes, que para serlo y ejercer su oficio le rindieron todos los homenajes posibles.

La existencia de aguas y montañas tiene un lugar privilegiado en la religión andina. En el único documento en quechua que narra el origen del mundo y los hombres, la historia del universo comienza con una épica batalla entre dos dioses que luchaban por el privilegio exclusivo de recibir el respeto y reverencia de su creación. En su origen ambos: Pariacaca y Huallallo Carhuincho eran dos cumbres de la misma montaña que se alza en las alturas de la sierra entre los departamentos de Lima y Junín. La guerra divina es el eje del documento. Los personajes que se suman y la violencia de los elementos que toman parte, nos darán pautas para interpretar la conducta de las sociedades de la región y la cosmovisión de esta parte de los Andes.

Quizá lo más significativo de los varios combates sea que Pariacaca triunfa apelando a la tormenta: los rayos, relámpagos, truenos y las lluvias fueron sus armas, mientras Huallallo Carhuincho utilizó lenguas de fuego, que finalmente fueron apagadas por las cortinas de agua que caían de los cielos. Derrotado en una primera instancia quedó condenado a estar sepultado dentro de la laguna de Mullucocha. Dos primeras reflexiones sobre este relato mítico: la montaña es al mismo tiempo el señor de los fenómenos meteorológicos, y el fuego (cuya proveniencia podrían interpretarse que es el interior de la tierra), no es rival para quien domina los espacios estelares. La segunda reflexión tiene que hacer con lo que está debajo de las aguas: tiene una existencia suspendida. Sucede lo mismo con los seres que los dioses convierten en piedra, no han muerto, ni desaparecido, simplemente han ingreso a un espacio en el que su relación con este mundo (que en quechua se llama kay pacha) está regida por otras reglas.

No es una situación definitiva, de hecho Huallallo Carhuincho deshace el maleficio y reanuda su combate con Pariacaca, hasta que una nueva derrota lo arroja al Antisuyu (al Este de los Andes, a

la selva amazónica) y Pariacaca, coloca a uno de sus hermanos, en la frontera, para evitar que regrese el dios del fuego (Millones y Mayer 2012: 28).

Tampoco ser o haber sido convertido en piedra es el último y definitivo abandono de kay pacha. En principio los seres humanos fuimos esculpidos y dibujados en piedra y quien modeló nuestro cuerpo y vestiduras (Viracocha [Wiraqocha] Pachayachachi = el Señor hacedor del amanecer) hizo que cada comunidad penetrara en el reino de la Tierra y reapareciera en el lugar al que había sido asignado, con las vestiduras que caracterizaban a su grupo étnico. En adelante nuestro cuerpo asumió la condición de seres humanos, como la que conocemos ahora (Sarmiento de Gamboa 1943: 40).

Esta condición puede ser revertida como castigo o por designo de los dioses. En el documento al que nos referimos (manuscrito de Huarochirí), se narra otra competencia: Huatyacuri, un hijo de Pariacaca, debe enfrentar a su concuñado que lo ha desafiado a probar cuál de los dos es más poderoso. Luego de una larga contienda, Huatyacuri vence y transforma a la esposa de su rival en una estatua de piedra, pero en posición tal que lo obliga a exhibir su sexo. Su marido tiene peor suerte, es transformado en venado, pero de una clase especial. Tiene características de una primera humanidad, aquella que devoraba a los hombres y que desapareció cuando un venado joven “se equivocó y dijo: ¿cómo nos han de comer los hombres? Al oír estas palabras, los venados sintieron temor y se dispersaron. Desde entonces se convirtieron en comida humana” (Ávila 2007: 37).

Que Huallallo Carhuincho haya sido sepultado en la laguna de Mullucocha (cocha ó qocha= lago o laguna; mullu = “concha colorada de la mar”; González Holguín 1989:249) no debiera sorprendernos, la etnografía nos informa que la contraparte femenina de los cerros son los puquios o manantiales vecinos a ellos. El derrotado es por un tiempo feminizado, al condenarlo a estar bajo las aguas del lago o manantial. Por lo demás, la altitud de los Andes garantizaba, hasta hace unos años, la permanente blancura de sus nevados, proveedores de agua de las comunidades, en cuyas lagunas de altura nacían sus ríos, o bien se podían derivar los cursos de agua que garantizaban la vida de sus sembríos.

La sacralidad de los manantiales, remanso de los ríos, o lagunas, está además asegurada por la existencia de ciudades sumergidas, que cada cierto tiempo reactualizan su vigencia apareciendo ante los ojos de algún descuidado viajero, que en lugar de encontrarse con el espacio líquido que suponía visitar, tiene la visión de una ciudad en plena vitalidad, que no tarda en desaparecer.

No se trata de un caso similar al mencionado por Platón, que en el diálogo de Timeo y Critias nos habla de “la isla de Atlántide de la que dijimos que era en un tiempo mayor que Libia y Asia” (Platón 2011: II, 883). Sin las maravillas atribuidas a las atlantes, cuyo origen creían remontar hasta Poseidón o Neptuno, en el área andina hay suficientes relatos de los que Efraín Moroteo llamó, “aldeas sumergidas”, en los que se narra acerca de pueblos “florecientes que se perdían tragados por verdosas y bullentes aguas” (Morote 1988: 244). Pero en todos los casos mencionados por este autor, el pueblo es arrasado y sus habitantes desaparecen. Si esto sucede, es por la poca caridad de sus pobladores: un hombre anciano y menesteroso habría llegado pidiendo algo de comer y fue rechazado. El castigo es inmediato, lo que revela la real personalidad del visitante divino que maldice al pueblo. En algunos casos, como en el que ilustra la laguna de Paca en Junín, el lugar fue el primitivo asiento de una ciudad importante, tal es el caso (real o ficticio) de Jauja, que debió ser fundada de nuevo. Las historias andinas son más complejas, el anciano recibe un mejor trato de alguna persona, a quien aconseja retirarse a tiempo, sin volver la mirada al pueblo. Pero, nadie resiste la tentación al escuchar el ruido de la avalancha o alud, y quedará, entonces, convertida en piedra,

No todos los lagos son iguales. La magnitud del lago Titicaca y las características de los estados ribereños que lo rodeaban, le dio unas prerrogativas sagradas que no tienen paralelo. Ubicado entre Perú y Bolivia, es uno de los lagos navegables de mayor altura en el mundo: 3,810 metros sobre el nivel del mar, tiene además un área de 8,500 kilómetros cuadrados, factores que lo convierte en el agente más importante de la ecología y de las sociedades que lo rodean.

El lago fue en consecuencia uno de los centros ceremoniales de mayor valor para los estados y etnias que precedieron a los incas. Todo parece indicar que el Tawantinsuyu reafirmó su carácter sacro, dado que durante su gobierno, los peregrinos fluían a las islas mayores del Titicaca “desde Quito, Pasto y Chile, a encomendarse al Sol, a quien tenían por su supremo señor” (Ramos Gavilán 1988: 41). Más aun, en los relatos de origen del universo, Viracocha (Wiraqocha) Pachayachachi había ordenado que de sus aguas saliese el sol, la luna y las estrellas para iluminar el mundo. El milagro fue ensombrecido por la envidia del sol, que habiendo sido “criado” con menos resplandor que la luna, apagó su fulgor arrojando ceniza sobre “su cara”, por lo que hoy su brillo nos llega apagado y sólo completa su esfera en determinados días del mes (Sarmiento de Gamboa 1943: 39-40). Las informaciones locales recogidas por cronistas tardíos no hacen sino confirmar que su culto era de antigua data, es así que los uros declaran a sus evangelizadores, que sus dioses más importantes eran el Sol y el Titicaca (Calancha 1976: IV, 1468).

El Titicaca nos permite iniciar el tema de los habitantes bajo las aguas. Teresa Gisbert ha trazado la hipótesis que el dios de la península de Copacabana, un ser monstruoso de piedra azul, con rostro humano y cuerpo de pez compartía el control religioso de la cuenca del lago “con Ticsi o Viracocha” hasta que ambos fueron desplazados por los incas que impusieron el culto al Sol (Gisbert 1994: 51). La propuesta que se apoya en nuestros conocidos Ramos Gavilán y Calancha, es muy sugerente y ha sido recogida recientemente por Bauer y Stanish (2003: 75) que siguiendo a Cieza de León reafirman la voluntad de los incas de atribuir todo rasgo de civilización al Sol, no en vano los gobernantes se consideraban “Hijos del Sol”. Es así como “sus antiguos carecieron de lumbre muchos días: y que estando todos puestos en tinieblas y oscuridad, salió de esta isla de Titicaca el Sol muy resplandeciente: por lo cual tuvieron por cosa sagrada y los Ingas hicieron en ella el templo...” (Cieza de León 1984: I. 281). El mismo Bauer, a quien le debemos estudios cuidadosos sobre la capital del Tawantinsuyu, detalla los restos arqueológicos de las dos islas del Titicaca, lo que nos hace pensar, desde una perspectiva diferente, que tales accidentes geográficos pueden ser considerados como montañas, cuyas cumbres asoman a la superficie, conectando los seres submarinos con los habitantes terrestres.

## Los habitantes

Una de las páginas más citadas de Ovidio (1991: 65-69) describe la tragedia de Narciso, concebido luego de que su madre, fuera violada por el dios-río Cefiso. Nuestro personaje era un joven tan bello como indiferente a los reclamos de la ninfa Eco, condenada a no poder explicar sus sentimientos. Su desaparición, muerte o transformación en la flor que conocemos, se usa con frecuencia para criticar la pasión por su propia figura, reflejada en las aguas de un manantial.

Otra manera de acercarse a este clásico de la literatura, es pensar en las reacciones de la sociedad primitiva frente a la reflexión en las aguas, en la piedra o metales pulidos. ¿Qué pudo provocar en los seres humanos la imagen de sí mismos? Si nos concentramos en la visión que nos devuelven las aguas, una explicación coherente con esos tiempos podría ser que al interior de esa fuente o remanso existen otras personas, al menos parecidas a nosotros. Estas apariciones fugaces, como las que surgen en los sueños o inducidas por el temprano uso de psicodélicos, fueron y son parte importante del mundo sobrenatural que todavía nos acompaña.

De todos los personajes que poblaron las aguas de ríos y mares, el más notable es la sirena. No entraremos a discutir si lo que vió el Almirante Cristóbal Colón fue sirena o manatí, sobre eso ya han debatido los eruditos Durand (1982: 27-28) y Salas (1968: 40-41). Pero ubicado el ser tan lejos de sus tierras de origen, primero como mujer con cabeza de pájaro y luego como mujer-pez, fue protagonista de la mitología griega y llegó a América a través de España. En 1611, ya se

hablaba de ellas como ficción: “Fingieron los poetas ser unas ninfas del mar medio cuerpo de mujeres muy hermosas y del medio cuerpo abajo peces, y que con la suavidad de su canto adormecían a los navegantes, y entrando en los navíos, se los comían” (Covarrubias 1993: 940-941). La versión citada llega principalmente del canto XII de la *Odisea*, cuando Ulises u Odiseo, escucha los consejos de Circe para poder gozar de sus melodiosas voces y no caer en el hechizo (Homero 2007: 252-253).

Si volvemos por un momento a la tesis de Gisbert, encontraremos que nuestra colega ha trazado una trayectoria mítica desde épocas preincaicas, que llevan a la sirena andina o mujer-pezu o “sierpe escamada” de las huestes del dios Copacabana hasta su encuentro con el cristianismo. Con la presencia española, como sociedad dominante, no resulta extraño que el ser de las aguas sea derrotado por la Virgen María (Gisbert 1994: 59).

Pero la sirena del Titicaca es apenas una de las muchas apariciones que hizo y sigue haciendo a lo largo de la cordillera andina. En los Andes peruanos, las sirenas se pueden ver ilustradas en la crónica de Felipe Guaman Poma de Ayala. En el folio 316 se aprecia dos mujeres que están cantando dentro del río Huatanay, con medio cuerpo fuera del agua, mientras señalan con sus dedos índices a dos jóvenes que están sentados en la cima de un cerro, tocando instrumentos de viento. Los jóvenes miran hacia ellas desde Pingollanapa (terrazza de los pinkullos). Hay otra sirena en la misma crónica (folios 983-984), esta vez el personaje es la réplica de lo que imaginaron los europeos. En la ilustración anterior, la parte inferior de su cuerpo está sumergida en las aguas. (Guaman Poma 1936: folios 316, 983-984). Los dibujos del cronista son una muestra desvaída de la vibrante aparición escultórica de la sirena, incorporada especialmente a las iglesias que rodean el lago: la iglesia de Santiago de Pomata (Puno) y la propia catedral de Puno, lucen su figura, que fuera esculpida en plena época colonial. Otras imágenes podrían haber tenido inspiración prehispánica, como la que puede verse en el pulpito de la iglesia de San Miguel y debió servir al predicador en sus sermones (Gisbert 1994: ilustraciones 53, 54 y 55), dado que la Iglesia Católica presentó a la sirena como parte de su condena a la lujuria. Así lo había explicado cuidadosamente San Isidoro de Sevilla, hacia el año 615, cuando maltrató el mito de las sirenas escribiendo: “Pero lo cierto es que fueron unas meretrices que llevaban a la ruina a quienes pasaban, y éstos se veían después en la necesidad de simular que habían naufragado. Se dice que tenían alas y uñas, porque el amor vuela y causa heridas; y que vivían en olas, precisamente porque las olas crearon a Venus” (Isidoro 1994: 53).

Hay que decir, sin embargo, que las sirenas andinas no pertenecen al pasado, no siguen fielmente al personaje clásico, son seres de una vitalidad fácil de comprobar en el testimonio de las poblaciones indígenas contemporáneas. No lejos de la región del lago, en el distrito de Coata (Puno), los pobladores de la comunidad de Qollana están convencidos que la sirena “vive cerca de los pozos y arroyuelos. Por la noche adquiere forma humana y toca música para atraer a los enamorados”. Es peligroso escucharla: “un joven caminaba solo por las noches pensando en su enamorada; de repente ésta se le aparece y lo atrae diciéndole cosas bonitas y tocando música. El joven entra en la casa de su amada; resulta ser una cueva donde vive la sirena. Poco después, el joven enferma y muere” (Michaud 1970:13). Este triste final es el corolario habitual para el que se acerca a los habitantes de las aguas, y en general, a cualquiera de los seres sobrenaturales, a quienes se les aplica el término global de gentiles o géntiles, voz generada por la predicación. En este caso, el joven es *qayqasqa runa*= hombre dañado (de *qayqar*= dañar, malograr, enfermar), al que será casi imposible recuperar.

No siempre es así, en Citan Paccha, caserío de Huallhua (Parinacochas, Ayacucho), suele aparecer “una mujer vestida con ropas que se confundía con las olas cristalinas de las aguas... sus cabellos eran como oro; sus pestañas brillaban como hilos de luz y entre las pestañas volteaban inquietas unas pupilas seductoras. Luego, despojándose de sus túnicas y sus velos entraba y salía del agua (Centro de colaboración pedagógica...1951: II 291-292). Esta sirena ayacuchana sabe cantar y atrae principalmente a los amantes de la música, pero a decir de los informantes la

familiaridad con ella no acarrea ningún peligro, incluso ha recibido el nombre de “Juanita”, y es una presencia que hace atractiva a la cascada (paccha o paqcha) que caracteriza al lugar.

La situación que acabamos de narrar es excepcional, en general los encuentros con las sirenas andinas son tan fatales como los que pudieron haber sufrido los marineros de Odiseo. Sin embargo, la relación con la música hace que al mismo tiempo sean necesarios sus poderes para quienes usan instrumentos sonoros. La sirena es identificada como proveedora de sonidos que alteran el conjunto de ruidos naturales (de por sí armoniosos) como el murmullo de la corriente, el brotar de los manantiales o la caída de las cascadas. Esta capacidad de transformar los tonos que ofrece la naturaleza, y producir las variaciones que deleitarán a los seres humanos puede ser otorgada por la sirena. La recibirán los instrumentos que tras un ritual riguroso, se depositan por la noche al borde de un puquio o manantial, donde se sabe que concurren o habitan las sirenas. La quena, el pincullo o las “tijeras” de los danzantes entre otros instrumentos, se dejan “dormir” en la orilla, evitando la curiosidad de observar a quienes les proporcionan la virtud de ser sonoros y fortalecer la destreza de los músicos. Si se siguen las reglas mencionadas, el favor de las deidades solo tendrá consecuencias benéficas (Tomoeda 2005: 158-159).

Puede causar sorpresa, pero en la tradición andina es vigente la presencia de un toro que habita en el fondo de las lagunas. Lo más probable es que dicho animal, de indudable impacto en las comunidades andinas, sea una reencarnación moderna de la elusiva deidad a la que se conoce como amaru. El amaru es concebido generalmente como una serpiente descomunal que dormita en las lagunas de altura o en espacios subterráneos. Su despertar es temido porque arrastra en su desplazamiento a los aludes de las montañas, a los desbordes de ríos o lagunas, o bien a los temblores y terremotos. En la destrucción que estos fenómenos traen consigo es frecuente que los testigos afirmen que el desastre es precedido por el ruido atribuido al gigantesco reptil o bien al toro sobrenatural que puede ser la figura que asuma en estas situaciones.

No es la única forma en que el toro ha sido incorporado al universo andino. Las “corridas” que llegaron de España han dado lugar a que también se celebran en los Andes, con variantes notables que han sido descritas en otra ocasión. Pero de manera especial, la ceremonia del “toro pukllay” o “cóndor rachi” reúne elementos de origen prehispánico con la presencia del astado. Se trata de capturar, sin causar daño a un cóndor, y coser sus garras al lomo de un toro, para luego soltar la doble bestia en un espacio cerrado al que rodean los comuneros en total algarabía (Millones y Mayer 2012: 98-99).

Si volvemos a las lagunas en su forma más difundida, el toro “encantado” puede ser descrito de la manera en que Francisco Izquierdo y José María Arguedas recogieron la versión en Huanta (Ayacucho).

Razuwillka o Rasuvilca es un nevado piramidal que se alza al Este de Huanta, es el más elevado de la provincia (4,954 m.s.n.m.) y considerado como el apu o wamani, es decir padre protector de las comunidades que lo rodean. La fertilidad de la tierra y de los animales domésticos se atribuyen a su buena disposición, para con sus protegidos. En su base hay varias lagunas, producto de las aguas que bajan de la cumbre del cerro y que en la percepción de los huantinos son una advertencia permanente de Razuwillka a su grey. El relato recogido por los autores mencionados nos dice que dentro de una de esas lagunas “se encuentra un toro negro, hermoso y corpulento, sujeto con una cadena de oro, cuyo extremo guarda una anciana de cabellos canos. Hace muchos años, el toro logró vencer a la anciana y salió a la superficie; e inmediatamente las aguas de la laguna embravecieron y rompieron los diques con grandes oleajes, inundaron Huanta, arrasaron toda la población produciendo grandes estragos; entonces, los indios de altura, al darse cuenta de esto, procedieron rápidamente a echar lazo al toro y lo hundieron nuevamente. Desde aquel día la gente teme que otra vez el toro pueda escaparse y la laguna inunde la floreciente y progresista ciudad de Huanta” (Arguedas e Izquierdo 1970: 80).

## Seres sobrenaturales de mar y río

Gayo Plinio Segundo nació el año 23 después de Cristo y murió a los 56 años en la bahía de Nápoles, durante la erupción del Vesubio. Su Historia Natural es una enciclopedia de la naturaleza, de enorme ambición producto de su calidad de erudito. Nos interesa porque tiene una explicación sobre la diferencia entre los animales terrestres y los marinos, en especial, en lo que se refiere a sus dimensiones y fertilidad: “Entre estos animales acuáticos hay muchos de mayor tamaño incluso que los terrestres. La causa evidente es la abundantísima humedad... en el mar, que se extiende tan ampliamente, acogedor y abundante de alimentos, con la naturaleza recibiendo principios seminales de lo alto y reproduciéndose sin cesar, se encuentra un gran número de animales monstruosos, puesto que las semillas y embriones se mezclan entre sí, y son arrastradas en todas direcciones por el viento y las olas; de esta forma queda verificada la creencia popular que todos los seres que nacen en algún elemento de la naturaleza existen también en el mar...” (Plinio 2002: 167-168).

Los andinos también visualizaron al mar como espacio sobrenatural y, si creemos a los cronistas, le llamaron “mamacocha, que quiere decir madre laguna. Porque a toda suerte de lagunas, charcos, estanques y albercas llaman con este mismos nombre, cocha (qocha), y a la mar, por ser la mayor de la lagunas y como reina y madre de todas, le dan el sobredicho nombre” (Cobo 1964: 39). Sus valencias sagradas no han desaparecido, todavía hoy “las personas originarias de la cuenca del río Salado, en Atacama la Baja [ y en otras partes de los Andes], van en busca del agua de mar a la costa, cuando la sequía es extrema”. La razón es concluyente, se trata de ofrecer este líquido a los cerros tutelares de la comunidad, para que en retribución permitan que la lluvia restaure el ciclo de producción (Castro 2009: 219).

Como a muchos otros autores sobre los seres marinos, Plinio se interesó en primer lugar por los mamíferos que habitan en el océano, en especial por el delfín a quien dedica muchas páginas. Alaba su cercanía con el hombre y lo supone ser el más veloz de los animales del mar, capaz de apreciar la música e incluso el perfume (Plinio 2002: 175- 179).

En el Medioevo se compartió el juicio de Plinio con respecto a la familiaridad del delfín con los humanos, incluso se llegó a afirmar que no sólo era atraído por la voz humana, además se percibía que era semejante “a un hombre que llora” (Malaxecheverría 1999: 119). Este amor literario no suele ser compartido por los pescadores, incluso desde el siglo XVI, el cronista Cobo recuerda “tres castas de bestias marinas [“tonina, bufeo y boto”]...sin que de ellas se saque ningún provecho, antes hacen no poco daño comiéndose los pescados menores que sirven de mantenimiento a los hombres... A falta de mantenimiento, las suelen matar con fiska [burla, a escondidas; la palabra fiska también se usa para denominar un arpón de tres dientes para atrapar peces grandes] los navegantes para comer” (Cobo 1964: I, 310). También podía sacarse alguna ganancia de cazarlos, ya que tienen “cierta piedra o hueso en la cabeza...que cura el dolor de ijada”. (Oviedo 2010:340). Es ésta una imprecisa denominación de cada una de las dos cavidades simétricamente colocadas entre las costillas falsas y los huesos de la cadera; se aplica generalmente a los ovarios o el hígado..

Lo más probable es que los delfines avistados en la costa peruana hayan sido *Delphinus delphis*, aunque es posible que otros miembros de la enorme familia de cetáceos *Delphinidae* hayan causado los estropicios que ya denunciaban los pescadores coloniales, y que por razones parecidas, los de nuestros días siguen sin querer a los delfines marinos. En el siglo XVIII el obispo Baltasar Jaime Martínez Compañón y Bujanda realizó una larga y cuidadosa visita a su jurisdicción, que abarcaba todo el Norte del Perú. Llevó como asistentes a acuarelistas indígenas que dejaron testimonio de lo visto en pinturas que ahora resultan ser una mirada etnográfica. Aparece allí el delfín bajo el nombre de bufeo, y quizá otro ejemplar al que llama “vaca marina”. Algunos años más tarde (23 de mayo de 1793) apareció en el Mercurio Peruano un corto artículo sobre el “Bufeo o Delfín” donde el autor ofrece una corta descripción del animal marino que concluye buscando de



desvirtuar la versión de su afinidad con el género humano, a la que llama “ligera credulidad del vulgo” (Lecuanda 1965: VIII, 65). El escrito es parte de una serie de estudios sobre la geografía de “la ciudad y partido de Truxillo”, redactados por José Ignacio Lecuanda, sobrino del obispo, quien se supone que tuvo acceso a los manuscritos perdidos de Martínez Compañón.

Pero el delfín marino no nos ha dejado testimonio que conozcamos de su carácter sobrenatural, en cambio su “primo”, el delfín del río (*Inia geoffrensis*), nos abruma con la información sobre su familiaridad con el universo de los dioses y demonios. Algo menor que su pariente marino (2.5 m-2.7 m) puede ser más pesado (180 kg- 150 kg). Su color va del gris a un rosado brillante, por el contrario, el *Delphinus delphis* luce un color casi negro en su lomo, mientras que su parte ventral es blanca, con una franja de color melón en el límite entre el gris oscuro y la zona blanca.

El bufeo, nombre más común para el habitante de la hoya Amazónica y el Orinoco, es en términos de la religiosidad de dichas regiones, un yacuruna, palabra quechua que significa “gente del agua” y que engloba a nuestro personaje y a otros más, que pueblan el universo mágico de las comunidades de la Amazonía. Los yacurunas aparecen en formas diversas, que reciben denominaciones variadas: “madre de los ríos”, endemoniados, demonios o demonios del agua; pero también pueden tomar la figura humana. El propósito de estas metamorfosis es arrastrar al hombre, mujer o niño y llevarlos a sus madrigueras subacuáticas. En la descripción más generalizada se les ubica en el fondo de los ríos, en ciudades semejantes a las de la superficie, con habitaciones como los humanos, usando como hamacas el cuerpo de boas, como asiento las tortugas acuáticas o charapas, mientras los bufeos negros (no los rosados), les ofrecen música (Regan 2011: 146-147).

De todas las formas en que son capaces de manifestarse los yacurunas, la más común es la de “buefo colorado”, que toma la forma humana para engañar a su futura víctima. Es posible, sin embargo descubrir el disfraz ya que la transformación siempre deja vestigios de su real aspecto. Suele, por ejemplo, llevar un sombrero con la finalidad de ocultar el agujero de su cabeza que le sirve para respirar fuera del agua, o bien sus pies tienen el talón hacia adelante y en su lugar están solo cuatro dedos. Cabe agregar que tal sombrero es apenas una ilusión, en realidad se trata de una raya (*Potamotrygon motoro*) que ha tomado esa forma y que recuperará su aspecto al momento en que, junto con el delfín, regresen al agua, ya que la ficción tiene un tiempo limitado.

Los yacurunas tienen la capacidad de crear un espejismo completo, para mostrar a los humanos su forma de vida en sus espacios subacuáticos. En Yurimaguas, surcando el Huallaga, Fabián Sangama y su hijo pequeño tuvieron la pesadilla de haber sido transportados a la residencia de un viejo yacuruna: “EL techo de la casa era de arena, los horcones, vigas y demás maderaje eran víboras de diferentes tamaños y grosores y los bancos para sentarse eran charapas. Muchas mujeres desnudas y de deslumbrante belleza estaban en la casa y acostando en un lecho de caracolillos, un viejo “. Pero la ilusión desapareció y Sangama y su hijo, súbitamente se encontraron nuevamente en su canoa (Arguedas e Izquierdo 1970: 254- 255).

Los shipibo-conibo del río Ucayali denominaron al bufeo “coshosca” y creen, como el resto de los pueblos de la Amazonía, que existe una comunicación constante con los maestros curanderos, a los que llaman yobe. Como es conocido, el saber de estos especialistas se asienta en el uso de ayahuasca (del quechua: sogá del muerto), una planta trepadora (*Banisteriopsis caapi*), cuyo principal alcaloide es la harmina, que generalmente produce alucinaciones visuales. Los males que afectan a los nativos: amores no correspondidos, enfermedades, accidentes, o escasa fortuna en la caza, pesca o comercio e intercambio, pueden atribuirse a la acción de estos yobes que utilizan espinas de palmera o plumas de ave para introducirlas en el cuerpo de sus enemigos o a pedido de sus clientes. O bien, extraen estos dardos mágicos de quienes han recibido el embrujo o daño, al que se conoce como ramiaca (mal hecho). Los bufeos hacen lo mismo, sus armas son peces parásitos conocidos como “caneros” (*tsitsimitsa*) que se cree que penetrarán en los orificios naturales de peces y vertebrados y que producen graves hemorragias (Tournon 2002: 377).

Pero su principal arma es la seducción sexual, tomando la forma de hombre o mujer bellos, generalmente de apariencia caucásica (rubios), o de la esposa o esposo ausente, es capaz de poseer a su víctima y arrastrarla a lo profundo del río. Se cree que tiene el poder de inseminar a las mujeres que se bañan y así se explica la presencia de albinos o niños contrahechos (Tournon 2002: 378-379).

Aquí no acaban los peligros que acarrea la existencia de este ser, tan lejos de su contraparte marina, en la concepción de los hombres que alternan con ellos. Pero la lista es interminable y lo dicho es suficiente para asomarse el horror que acarrea su presencia.

Los muros de la inmensa ciudad prehispánica de Chan Chan, así como las paredes del santuario Huaca de la Luna, entre otros monumentos, comparten la escultura o pintura del pez seláceo que se conoce generalmente con el nombre de raya. Tampoco es extraño hallar que su figura sea el motivo escultórico mayor de la cerámica mochica que resguardan los museos, en especial el que atesora la colección Larco. La forma de su cuerpo lo distingue del resto de la fauna marina. Con variadas dimensiones, se le aprecia como un disco romboidal, con aletas dorsales pequeñas y una larga cola que tiene una fila longitudinal de espinas, a lo que hay que agregar una aleta caudal, más bien pequeña.

No es la única presencia de este animal en el arte precolombino, en realidad, a lo largo de la costa peruana del Pacífico, la raya puede verse en casi todas las sociedades que poblaron la región, incluso mucho antes del período Intermedio Temprano (100-800d.C.) donde florecieron los mochicas. Los tejidos de Paracas en el departamento de Ica (al Sur de Lima) también se adornaron con la figura de la raya, la sociedad que los diseñó pertenece al período que los arqueólogos llaman Horizonte Temprano (800ª.C- 100 d. C). Lo que nos dice la continua vigencia de este animal en el Olimpo de los andinos.

Si pasamos revista a la fauna marina de la costa peruana, veremos que nos visitan al menos tres rayas: *Discopyge tschudii*, a la que los pescadores llaman torpedo o tembladera, porque es capaz de producir descargas eléctricas de 45 a 220 voltios; también debemos mencionar a la *Dasyatis brevis*, cuya aleta caudal tiene una espina venenosa, conocida como raya látigo o raya de espinas; y finalmente a la *Gymnura affrae* o raya papel o tuyo, que se supone que haya sido representada en el arte de los antiguos habitantes de la costa. Como se dijo líneas arriba, hay también rayas en los ríos de la hoya amazónica, más aun, el padre Cobo las identifica en el río Guapay, en Santa Cruz de la Sierra. Nos dice el cronista que allí existe “cierta casta de rayas que tienen en la cola tres puntas ponzoñosas” (Cobo 1964: 303).

La raya no llamó la atención a los estudiosos solo por la curiosa forma de su cuerpo, el hecho de retener a los huevos con sus crías al interior de su cuerpo, y que al nacimiento los expulse como si fueran vivíparas, causó la curiosidad del propio Aristóteles, que dejó varias páginas dedicadas a la reproducción del animal, incluso llegó a postular que era el único capaz de unirse con peces de otra especie. Es así como identifica al pez guitarra (*Rhinobatus rhinobatus*) como el producto de las relaciones entre la raya y el pez lija (Aristóteles 2008: 331).

El prestigio de la raya no ha decrecido en las poblaciones costeras por encima de ser uno de los platos favoritos. En Túcume (departamento de Lambayeque) existe una población fantasma a la que se conoce como Túcume viejo. Son los restos de una primera fundación colonial de la moderna localidad, las paredes aun de pie y los cimientos todavía visibles, rodean en un semicírculo al cerro conocido indistintamente como Purgatorio o la Raya. Sus significativas denominaciones tienen que hacer con las luces que los habitantes afirman que se encienden misteriosamente durante las noches, en su cumbre o en las laderas. Para los tucumanos es el cerro tutelar de la región y la contraparte del cerro Cueto, donde apareció la Virgen María peinando a “su hija” y conversó con unas pastoras que llevaron la noticia a sus padres, entonces habitantes de Túcume Viejo. Quisieron éstos llevar su imagen a la iglesia del pueblo, pero la Virgen desapareció del templo para volver a ser vista en el cerro Cueto, lo que finalmente decidió a la población a mudar la ciudad al lugar donde se encuentra ahora (Millones 1998:55).



Esta explicación, muy conveniente para la Iglesia Católica, no ha restado reverencia al cerro La Raya, y Túcume viejo se ha convertido ahora en lugar de temor (suele ser el lugar de entierros clandestinos de fetos o niños muertos en el parto o poco después), y al mismo tiempo de respeto, especialmente por la preferencia de algunos de los maestros curanderos, que son los referentes culturales de la costa norteña. Túcume es notorio por el consumo ceremonial del San Pedro (*Trichocereus Pachanoi*) el cactus alucinógeno, los especialistas gozan del prestigio suficiente para que, por lo menos en dos ocasiones, hayan sido elegidos para ejercer el cargo de alcalde de la ciudad. Es muy probable que la explicación de la mudanza de Túcume tenga razones menos milagrosas si pensamos en la corriente oceánica “El Niño Oscilación del Sur”(o ENSO en sus iniciales en inglés). Tan temprano como 1578, el fenómeno que lleva ese nombre arrasó Túcume y no es el único que ha afectado a sus habitantes, en cualquiera de las ubicaciones donde se hayan encontrado (Huertas 2001: 124 y siguientes). Cada vez que esto sucede, se forman en torno al cerro La Raya un buen número de lagunas que desaparecerán cuando amaine el mal tiempo y sus consecuencias, lo que puede tardar muchos meses. Es entonces que el “demonio”, en forma del pez raya, se asoma en tales lagunas y conversa con los maestros maleros, es decir con aquellos dedicados a causar daño a sus enemigos o a quienes afectan a sus pacientes. En general, solo en muy pocos casos, los especialistas confiesan ser parte del cortejo infernal, pero aun quienes reclaman que sus virtudes provienen del dios cristiano, no vacilan en atacar con su magia a otros curanderos o a los enemigos de su clientela (Millones 1998: 43 y siguientes).

Como vimos líneas arriba, la raya fluvial, también es miembro del universo sobrenatural de la Amazonía, lo que completa el prestigio sagrado de nuestro pez, pasaremos ahora a dar un vistazo al último de los animales acuáticos que trataremos en esta ocasión: el lobo marino.

Al igual que la llama para los hombres de las alturas, el lobo marino (*Otaria flavescens*) de las costas sudamericanas, es el animal que satisface con su cuerpo, muchas de las necesidades de las sociedades que bordean el Océano Pacífico. Su piel, como vestido, cubierta de viviendas o cabañas, o bien flotadores o embarcaciones pequeñas, su carne como alimento, u otras partes del animal, han servido de recipientes o cordelería, etc.; y nos quedamos cortos si queremos enumerar las ventajas que proporciona la persecución de los lobos marinos. El testimonio arqueológico nos da el dato de que se trata de un recurso muy antiguo, está presente en la costa del Norte de Chile, por ejemplo en las poblaciones residentes en Atacama (Castro 2009: 95), lo que confirma lo expresado por la iconografía del norte del Perú, donde el lobo del mar, especialmente en escenas de caza, es una imagen frecuente.

Los cronistas europeos hicieron una descripción muy peculiar, luego de sostener que si bien no existían lobos terrestres “crió Dios en los mares de sus costas un animal no menos perjudicial para los vivientes de ellas” (Cobo 1964: I, 295). El autor consigna que en “la lengua general” se le llama azuca, que es un dato que no podemos comprobar con las fuentes de la época, otro cronista (Calancha 1976: III, 859) usa el término “tumi”, pero no aclara si es del quechua (“lengua general”) o si podría pertenecer a alguno de los idiomas hablados en la costa peruana. La descripción del animal de parte de Cobo es importante porque revela la mirada de los europeos: “Tiene de largo este pescado (sic) de ocho a doce pies, y de grueso más que un cebón; aun algunos se hallan de la grandeza de un toro. Parece un tanto a en la figura al perro: tiene la cabeza grande y continuada con el cuerpo, sin adelgazar casi nada en el cuello: orejas pequeñas y también la cola, y no más gruesa que la del puerco; cuatro aletas le sirven de pies y manos para andar...” (Cobo 1964: I 295). Concluye con una larga y detallada relación, afirmando que su carne no se come sino en casos de necesidad, y que “los matan los pescadores por el provecho que sacan de su aceite y pieles”. Justamente, el cronista se extiende al explicar la construcción de las balsas que se fabrican a partir de la piel de los lobos: “de dos [lobos] juntos hacen una balsa y entran en ella los indios a pescar a la mar”, para ello cosen el cuero de tal manera que pueden llenarse de aire y flotar con facilidad, y en caso de que se desinfle, tienen un dispositivo para soplar y retomar la flotabilidad necesaria (Cobo 1964: I, 296). Las informaciones del sacerdote son bastante acertadas, por encima

de tal o cual detalle atribuible a los conocimientos y prejuicios de la época. El lobo marino puede alcanzar una longitud de 2.8 metros y un peso de 350 kg. en los ejemplares machos, las hembras son bastante más pequeñas: 2.2 metros y 140 kg. Otras informaciones del siglo XVI, sugieren que el consumo de la sangre de lobos marinos desarrolla en la piel de los humanos una “costra colorada, durísima”, y se señala que así ha sucedido con los indios camanchacas, del Norte de Chile (Castro 2009: 99). Lo cual podemos sumar a los estereotipos con que se juzgaba a los pobladores andinos, y a la desconfianza sobre los alimentos nativos.

Como la llama o el perro americano, el lobo marino asume valencias religiosas correspondientes a la utilidad de su cuerpo para las gentes en la continua tarea de dominar las aguas del océano. Es interesante que, como en el caso del lago Titicaca, las islas del Pacífico sean visualizadas como dioses indígenas por los evangelizadores. En un sermón en quechua, predicado por el R.P. Fernando Avendaño, arcediano de la santa iglesia metropolitana de Lima, se advierte a la audiencia: “las islas, que en la mar tienen guano con que estercolais el maíz, cuando quiere espigar, no son Dios” (Avendaño 1649: folio 57). Más adelante refuta con energía la idea de que las islas sean wakas (es decir manifestación de lo sagrado) y que ellas produzcan el guano de las islas como presumiblemente lo dicen los “hechizeros” (Avendaño 1649: folio 57v).

La preocupación del sacerdote nace del ritual observado en diferentes partes de la costa central que consistía en derramar chicha de maíz en la playa, luego de dos días de ayuno que precedían a la salida de las embarcaciones a recoger el estiércol de las aves marinas acumulado en las islas. Otro evangelizador también lo consigna, señalando la costa de la provincia de Huacho (departamento de Lima) donde ocurrió la ceremonia de la que tiene noticia. En la isla se entregaban ofrendas al dios Huamancanfác, señor del guano, que fertilizaba los campos de maíz, al regreso a tierra firme se ayunaban otros dos días y luego se bebía y bailaba para celebrar el éxito de la aventura (Arriaga 1968: 214). La información se repite en Calancha (1976: III, 847), que llama Huamancantac, al dios de las islas, pero agrega una de las importantes noticias sobre el lobo marino: las almas, ánima o sombra (llantuhu= sombra, nuna = alma, en quechua, según Lira 2008: 225 y 287) de los muertos regresaban a las islas montadas en lobos marinos, que repetían el rol de los perros andinos (allqo en quechua), quienes eran los encargados de guiar el alma de sus amos a las montañas.

La lista de animales de las aguas es tan larga como aquellos que son terrestres, las páginas precedentes son apenas el primer paso de una larga jornada por empezar.

## Bibliografía

- ARGUEDAS, José María y Francisco Izquierdo (compiladores)  
1970 *Mitos, leyendas y cuentos peruanos*. Lima: Casa de la Cultura del Perú.
- ARISTÓTELES  
2008 *Investigaciones sobre los animales*. Madrid: Gredos.
- ARRIAGA, Pablo José de.  
1968 *Extirpación de la idolatría del Perú*. BAE, tomo CCIX. Madrid: Ediciones Atlas.
- AVENDAÑO, Fernando de  
1649 *Sermones de los misterios de nuestra santa fe católica, en lengua castellana y la general del Inca*. Lima: José López Herrera, Impresor.
- ÁVILA, Francisco  
2007 *Dioses y hombres de Huarochirí* [Traducción de José María Arguedas]. Estudio introductorio de Luis Millones e Hiroyasu Tomoeda, Lima: Universidad Antonio Ruiz de Montoya.

- BAUER, Brian S. y Charles Stanish  
2003 *Las islas del Sol y la Luna*. Cuzco: Centro Bartolomé de las Casas.
- CALANCHA, Antonio  
1976 *Crónica Moralizada*. Lima: Ignacio Prado Pastor, editor.
- CASTRO, Victoria.  
2009 *De ídolos a santos. Evangelización y religión andina en los Andes del Sur*. Santiago de Chile: Ediciones de la Dirección de Bibliotecas, archivos y museos.
- CENTRO DE COLABORACIÓN PEDAGÓGICA PROVINCIAL DEL MAGISTERIO PRIMARIO DE LA PROVINCIA DE PARINACOCAS  
1951 *Monografía de la provincia de Parinacochas*. Lima: Talleres Gráficos de la "Tipografía Peruana" S. A.
- CIEZA DE LEÓN, Pedro  
1984 *Crónica del Perú*. Primera Parte. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.
- COBO, Bernabé  
1964 *Historia del Nuevo Mundo*. BAE vol. 91-92. Madrid: Ediciones Atlas.
- COVARRUBIAS, Sebastián de  
1993 *Tesoro de la lengua castellana o española*. Barcelona: Editorial Alta Fulla.
- DURAND, José  
1983 *Ocaso de las sirenas*. México: Fondo de Cultura Económica.
- GISBERT, Teresa  
1994 *Iconografía y mitos indígenas en el arte*. La Paz: Gisbert y Cía.
- GONZÁLEZ HOLGUÍN, Diego  
1989 *Vocabulario de la lengua general de todo el Perú llamada lengua qquichua o del Inca*. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
- GUAMAN POMA DE AYALA, Phelipe  
1936 *Nueva Corónica y Buen Gobierno* (Edición facsimilar). Paris: Université de Paris, Institut d'Ethnologie.
- HOMERO  
2007 *Odisea*. Versión de Carlos García Gual. Madrid: Alianza Editorial.
- HUERTAS, Lorenzo  
2001 *Diluvios Andinos a través de las fuentes documentales*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.
- ISIDORO DE SEVILLA  
1994 *Etimologías*. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos.
- LECUANDA, José Ignacio  
1965 Continuación de la descripción geográfica de la ciudad y partido de Trujillo. En: *Mercurio Peruano*, tomo VIII. Edición facsimilar, Lima: Biblioteca Nacional del Perú.
- LIRA, Jorge y Mario Mejía  
2008 *Diccionario quechua- castellano quechua*. Lima: Universidad Ricardo Palma.
- MALAXECHEVERRÍA, Ignacio  
1999 *Bestiario medieval*. Madrid: Ediciones Siruela.
- MÁRTINEZ COMPAÑÓN Y BUJANDA, Baltasar Jaime  
1990 *La obra del obispo Martínez Compañón sobre Trujillo del Perú en el siglo XVIII*. Madrid: Agencia Española de Cooperación Internacional.
- MICHAUD, Andrés  
1970 La religiosidad en Qollana. En: *Allpanchis* 2: 7-18, [Cuzco].
- MILLONES, Luis  
1998 *Los demonios danzantes de la Virgen de Túcume*. Sevilla: Fundación El Monte.
- MILLONES, Luis y Renata Mayer  
2012 *La fauna sagrada de Huarochirí*. Lima: IEP, IFEA.

- MOROTE BEST, Efraín  
1988 *Aldeas Sumergidas*. Cuzco: Centro Bartolomé de las Casas.
- OVIDIO [Publio Ovidio Nasón]  
1991 *La metamorfosis*. Barcelona: Editorial Juventud.
- OVIEDO, Gonzalo Fernandez de  
2010 *Sumario de la Natural Historia de las Indias. Estudio, edición y notas de Álvaro Baraibar*. Madrid: Iberoamericana y Universidad de Navarra.
- PLATÓN  
2011 *Obras Completas*. Volumen II. Madrid: Gredes.
- PLINIO [Gayo Plinio Segundo]  
2002 *Historia Natural*. Madrid: Cátedra.
- RAMOS GAVILÁN, Alfonso  
1988 *Historia del santuario de nuestra señora de Copacabana*. Lima: Ignacio Prado Pastor, editor.
- REGAN, Jaime  
2011 *Hacia la tierra sin mal*. Lima: CAAAP y CETA.
- SALAS, Alberto M.  
1968 *Para un bestiario de Indias*. Buenos Aires: Editorial Losada, S.A.
- SARMIENTO DE GAMBOA, Pedro  
1943 *Historia de los incas*. Buenos Aires: Emecé Editores, S.A.
- TOMOEDA, Hiroyasu  
2005 Sirenas andinas. En: *Pasiones y desencuentros en la cultura andina*, Hiroyasu Tomoeda y Luis Millones (Eds.). Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú.
- TOURNON, Jacques  
2002 *La merma mágica. Vida e historia de los Shipibo- Conibo del Ucayali*. Lima: CAAA.

**Asamblea Nacional de Rectores**